

sobre la mesa de la cocina; qué sirven en los cafés, qué absorbemos sin desconfianza en el buffet de un baile. Sulfatos de cobre, sales de plomo, tomáfnas, triquinas, leche descompuesta, carne en estado de putrefacción, quesos semovientes, salchichones que encantarían a los Borgias — sin hablar del pan amasado con cal y con humano sudor y otras secreciones... — y no prosigamos por este camino, pues el pan es una de mis repugnancias y de mis horrores profundos, desde que he leído y sobre todo presenciado los pormenores de su fabricación. El pan y el vino... dos elementos, casi indispensables en Occidente, pero que si han de ser amasados con los pies, vale más no probarlos y estoy por decir que ni verlos. Yo envidio a los pueblos comedores de arroz: el arroz no tiene que sufrir operación alguna, sino las que el propio consumidor quiera. Nosotros, del hermoso trigo rubio, hacemos, en fétidos recintos, una impura masa. Más feliz en eso el labrador de mi pobre aldea que el ciudadano, él mismo se amasa y cuece su torta de maíz. Las descripciones de las tahonas madrileñas espantan. No he querido entrar jamás en una tahona. Aun sin entrar, el bollo doradito que se entrepone medio cubierto por la nivea servilleta, no me inspira sino recelo. Dicen que no conviene mirar de cerca y por dentro cosa alguna en este mundo, porque, á mirirlas, ni el estómago podría recibir el alimento, ni el alma conservaría la fe. Pero es inevitable que á veces se rompa el velo y aparezca lo que encubría; y entonces pueden quitársele á la pobre criatura humana las ganas de comer... ó de vivir, que viene á ser lo mismo.

**

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

OLA EUROPEA

Este nombre merece la invasión de congresistas que ha sufrido Madrid — y cuando escribo *sufrido*, debiera escribir *gozado*, porque invasiones de tal género nos son muy necesarias.

No se trata únicamente del provecho material que reportan los forasteros á los hoteles (más ó menos dignos de este nombre), las fondas, fondines, casas de huéspedes, posadas y otras variantes del género; no se trata de las ganancias de simones, teatros, etc..., sino del beneficio más elevado y tal vez hasta más práctico, que entraña la presencia en Madrid de tanto sabio y tanta gente, por lo menos, culta y respetable. Es un estímulo, es un ejemplo, es un medio de despertar pensamientos, ideas y comparaciones que han de servirnos de salud.

**

Entre nuestros médicos no faltan eminencias y reina en general un buen espíritu: son laboriosos, estudiosos, serios y honrados, con las excepciones que el inteligente lector adivinará, y que no pueden menos de registrarse en toda regla general aplicada al hombre... No son los médicos lo peor de la casa: no por cierto; mas así y todo, en este ambiente poco favorable al desenvolvimiento de la labor científica, tienen que recibir como viva corriente de aire, excitadora de energías, la presencia de esos colegas que vienen de países donde el laboratorio, la clínica, el sanatorio, son instituciones nacionales; donde las cuestiones de higiene y salubridad figuran en primera línea entre las que preocupan la pública atención, y donde se habla tanto de un invento en el campo de la cirugía, como aquí de la última cornada que le atizó el toro al último torero en la parte más posterior de su individuo...

Despiertan estas visitas una noble emulación, y se toma, bien tomado, á punto de honra, lo que en circunstancias normales tal vez se mira con aconchada indiferencia. Así, verbigracia, en estos días nos jactamos muy alto de que el Laboratorio municipal de Madrid fué fundado antes que el de París, y funcionó tres años antes, precediendo también al de Barcelona y al de Bilbao. Y en efecto, es una excelente nota en nuestra hoja de servicios. Este Laboratorio — entre paréntesis — puede salvar diariamente muchas vidas, haciendo que no nos aduleren con demasiado descaro lo que comemos y bebemos. Ni se calcula el bien que hace un Laboratorio municipal funcionando con regularidad y sin contemplaciones á industriales ávidos, falsificadores y envenenadores.

**

Asusta leer cómo se sofistican los alimentos, qué combinaciones químicas preceden á las del fogón, no menos químicas, pero más inocentes; qué viene en la cesta de la plaza, qué dejan los abastecedores

Estos días tenemos, con la compañía de los Coquelin, á pasto teatro de Molière. El abono gruñe, sale amostazado del teatro, porque Molière no es plato, ni para el gusto general actual, ni para el gusto español de siempre. Yo declaro que sí me agrada, ahora, más que el teatro romántico de Hugo y más que el teatro sentencioso de Dumas hijo. Hay en Molière un verdor de buen sentido, una frescura vivaz, una observación certera, una gracia continua, que degenera en bufonesca raras veces, y aun dentro de la bufonada conserva aticismo. Además, Molière, por lo humano de su sátira, es moderno todavía: hay defectos y manías de que donosamente se burla, que nunca dejarán de existir, aunque varíe su nombre.

Ved, por ejemplo, *Tartuffe*. La época de *Tartuffe* ha pasado: el jansenismo, Port Royal, el aura de rigidez y de intransigencia que sopló sobre Francia con tal fuerza, ya es no más un recuerdo en la historia de la conciencia y de la fe. Sin embargo, *Tartuffe* encarna una manera de ser, la hipocresía, y la hipocresía no desaparece, aunque se modifiquen sus manifestaciones y cambie su ambiente peculiar. Hay hombres hipócritas, sin capa de religión, con capa hasta de ateísmo. Sí; el ateo puede ser un *Tartuffe*. Aparenta virtudes, si no creencias; aparenta amor á la humanidad, si no amor á Dios. ¿Qué fué el incorruptible Robespierre, sino un *Tartuffe*... vuelto del revés?

Ved el *Bourgeois gentilhomme*. Podemos calificarlo de comedia de figurón, y Monsieur Jourdain es como el héroe de *Entre bobos anda el juego*, un fanfoteche ridículo, una exagerada caricatura. Pero bajo la bufonada, que si se acentúa una línea más es ya pantomima de circo, bajo las grotescas peripecias de la «ceremonia turca», hay un sentido de lo real tan persistente, un alma de verdad, que establece una distancia incalculable entre la obra de Molière y otras, externamente, de su mismo género. Todos los personajes del *Bourgeois gentilhomme*, así los que representan el buen sentido como el que encarna la vanidad llevada hasta la fatuidad y la insensatez, son verdaderos y actuales. No importa que Monsieur Jourdain vista la bata rameada del caricato y se cubra la cabeza sin seso con gorro blanco que sujeta amarilla cinta: no por eso deja de ser un *snoob* contemporáneo, que habla, piensa y procede como los *snoobs*. Para él, la humanidad se divide en aristocracia y clase media; para él, no hay más vida que la vida «elegante»; á trueque de rozarse con gente de la alta esfera á que aspira, sacrificará gustoso, no sólo su fortuna adquirida á fuerza de honradez y trabajo, sino su paz doméstica y la felicidad de su hija, y se encontrará suficientemente recompensado cuando un noble sin dinero le llame amigo y una marquesa le haga una reverencia de corte. Como todos los tipos representativos de Molière, Monsieur Jourdain es un hombre que va directamente á su desarrollo y á su satisfacción pasional, sin que le puedan desengañar ni hacer retroceder una pulgada, en el camino de perdición y de monomanía, las ad-

vertencias, consejos, burlas, amonestaciones, lágrimas y gritos de cuantos están á su alrededor. Estos locos parciales, de que el mundo está lleno, lo verían desplomarse y desquiciarse y seguirían impávidos hacia el objeto de su locura. En los caracteres del teatro de Molière aparece de realce lo que acaba de decir, y es el mayor mérito del gran autor cómico francés. El espectador, ante el *Avaro*, ante Monsieur Jourdain, ante Orgon, ve y conoce que se trata de maniáticos; y aun cuando el espectador tenga sus propias manías, dominado por el arte, se ríe de las ajenas. Hay algo de trágico, en el fondo de las comedias de Molière; hay una hiel secreta, el *surgit amari aliquid*, la fuerza del sino, la ley de cada alma, que se dirige como fatalmente adonde la arrastran sus inclinaciones convertidas en vesanias. Tristes son, en el fondo, en medio de la carajada sana que provocan, el avaro, el misántropo, el hipócrita, el vanidoso; la misma intensidad de su manía, retratada de mano maestra por Molière, nos abruma como abruma lo fatal, lo irremediable.

A la mayoría de los abonados sospecho que no les ha convencido este repertorio de Molière. No es teatro de acción, sino de frase; la poca acción que encierra no es imprevista, ni animada, ni sorprendente; no hay enredo; hay psicología..., y no entendiendo completamente, á fondo, el idioma, no se perciben los delicados matices del pensamiento, no se saborean las sales del diálogo. Las *finanzas* se pierden.

**

Con motivo de estas *tournées* de actores extranjeros, la eterna cuestión de los sombreros de las señoras ha vuelto á plantearse. No se oye más que renegar de ellos; el que paga su asiento quiere ver, y no ve sino una mínima parte de la persona de Zacconi ó de Coquelin, por entre las alas reunidas de dos pamelas monumentales. Todo está dicho, repetido hasta la saciedad, en lo que á esta cuestión respecta, y ya por manoseado no debe repetirse, puesto que tampoco el machaqueo de la prensa consigue que las señoras se decidan á ir en pelo á las butacas. Algunas van, es cierto; pero la mayoría sostiene la tradición y la costumbre.

Y aquí es el caso de exclamar, parafraseando á la monja mejicana: «O hacednos cuál nos queréis, ó comprended que seamos cual somos.» A la mujer se la dirige por el sendero de la rutina: á la mujer se la censura por todo lo que hace ó dice contra los hábitos inveterados; y sólo en casos particulares como este del sombrero en las butacas, quisieran los hombres verla rompiendo, con gallardos arrostos, el yugo de la costumbre, y prescindiendo del recelo á lo desconocido... Y la mujer, dócil al impuesto rumbo, no se presta á tales innovaciones: ¡qué se habrá de prestar! Con sombrero va á las butacas desde hace cincuenta años, con sombrero seguirá yendo otros cincuenta, hasta que no haya ni sombreros, ni butacas, ni teatros, ni esté vivo nadie de los que sostuvieron esta campaña, sino que todos se encuentren ya arrellanados en el lecho de reposo desde el cual se ven los espectáculos de otro mundo...

EMILIA PARDO BAZÁN.